

Lorenzo Luévano Salas

Todos necesitamos a Dios



Todos necesitamos a Dios

Por
Lorenzo Luévano Salas

PUBLICACIONES VOLVIENDO A LA BIBLIA
Se autoriza el uso de esta obra sin alterar su contenido
Primera edición: Mayo, 2017
www.volviendoalabiblia.com.mx

A mis hijos,
Priscila, Vanessa y Alejandro

Tabla de contenido

Agradecimiento.	ix
Prefacio.	xi
Necesitamos a Dios para ser felices.	1
Necesitamos a Dios para ser guiados.	19
Necesitamos a Dios para tener soluciones.	30
Necesitamos a Dios para recibir ayuda.	41
Necesitamos a Dios para ser salvos.	52
Usted necesita a Dios.	65

Lorenzo Luévano Salas.

Agradecimiento

Quiero expresar mi más grande agradecimiento a la iglesia de Cristo en Long Beach, California, por la invitación que recibí de ellos para exponer el contenido de esta obra. La oportunidad que recibí fue el motivo por el cual estuve meditando muy seriamente y en oración sobre lo que expondría, sobre todo en un ambiente y una cultura bien diferente a la de México. ¿Qué pudieran necesitar mis hermanos, y los amigos que asistieran a esa serie de sermones bíblicos? ¿Qué necesitan oír? Y allí estuvo la idea central: *Todos necesitamos a Dios.*

Agradezco al hermano Marcos Reeves por haberme tomado en cuenta, así como a los ancianos de la iglesia, Dick Fulbright, Del Scott y David Washburn, por permitir que un servidor expusiera la Palabra de Dios a la congregación y a los amigos visitantes.

Agradezco a los hermanos que con amor me hospedaron, y a mi familia, y que nos compartieron de lo suyo en sus hogares. Que Dios les bendiga ricamente a todos ellos.

Y finalmente, a Dios, mi Salvador, quien por su palabra ha alumbrado mi entendimiento, y también nos proporciona de sabiduría para confrontar los males que abundan en este mundo caído. Sin su gracia no sería posible tener gozo y esperanza en medio de la oscuridad. Sin su bondad no podríamos gozar de una vida plena y llena de dicha. Sin su sacrificio no tendríamos esperanza alguna. ¡Gracias Señor por tu bondad!

Si al terminar de leer esta pequeña obra, usted desea saber cómo obedecer al Señor para recibir el perdón de sus pecados, no dude en comunicarse con un servidor. Mi deseo es que usted también alabe con nosotros al Señor, por la salvación que hizo posible por medio de la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

*“Te alabaré, oh Jehová,
con todo mi corazón;
contaré todas tus
maravillas.”*
Salmo 9:1

Prefacio

La codicia es culpable de que la humanidad siempre quiera tener más, y que nunca logre estar satisfecha. El hombre que ha logrado acumular grandes riquezas, siempre quiere más. No hay límites en esa carrera. Día a día, mes a mes, año tras año, los hombres compran y quieren seguir comprando para seguir teniendo más y más cosas. Lamentablemente no saben que su necesidad no tiene que ver con cosas materiales. El vacío que tienen en su alma nunca podrá ser llenado con ropa, diversiones o placeres. La realización que como personas quieren lograr no se alcanza por reconocimientos, títulos o aplausos. Muchos hombres han logrado tener todas esas cosas, y sin embargo se dan cuenta que todo es vanidad. El tesoro de conocimientos que un hombre pueda alcanzar, las grandes cantidades de dinero, o la multitud de reuniones sociales a las que pueda asistir, nos deja igual de necesitados y solitarios que al principio.

¿Qué hace falta, entonces? En las siguientes páginas voy a demostrar que lo que el hombre necesita es a Dios. Necesitamos a Dios para ser felices, para tener una guía segura, para tener soluciones verdaderas, para recibir ayuda y finalmente, para ser salvos.

Es verdad que toda religión dice que “su dios” es necesario. Pero la verdad es que las religiones fundamentadas en filosofía, mitos y ejercicios físicos o disciplina alimentaria, no suple al hombre lo que necesita. La verdadera necesidad del hombre no está en ejercicios religiosos o meditación. Ni tampoco en el aprendizaje de máximas filosóficas, sino en Dios. Es una relación con él basada en su Palabra, en su voluntad.

La necesidad de Dios bien puede ser comparada a nuestra necesidad de agua. Uno bien puede meditar mucho, pero la sed no se irá. Puede comer toda clase de alimento, y beber diversas clases de bebidas refrescantes, pero no satisfacer su necesidad de agua. Solamente el vital elemento puede suplir la sed que sentimos regularmente. De la misma manera, y dado que fuimos creados por Dios y para Dios (cfr. Colosenses 1:16), nuestras

vidas se van secando poco a poco sin él. No fuimos creados para vivir sin Dios. Y aunque podamos lograr muchas cosas en el mundo, sin él, al final del día tendremos necesidad de su presencia. El vacío no podrá ser explicado por el ateo, o por el idólatra. Fuimos creados por Dios y necesitamos de su voluntad, de su comunión.

Reflexione junto conmigo. Medite muy seriamente en lo que a continuación expondré, esperando que estas pocas letras le motiven a buscar a Dios, y a deleitarse con su presencia y voluntad.

Capítulo 1

Necesitamos a Dios para ser felices

ES UNA NECESIDAD.

La palabra “felicidad”, es una palabra que en diversas traducciones bíblicas no vamos a encontrar. Por ejemplo, si usted usa la Reina Valera 1960, es imposible que encuentre palabras tales como “feliz”, o “felicidad”. En lugar de tales palabras, usted encontrará términos tales como “bienaventurado”, o “dichoso”. De hecho, la felicidad, como concepto, no es muy común incluso en las iglesias. En los discursos que tratan sobre el tema, escuchamos de “contentamiento”, de estar “satisfechos” y de “conformarnos” con lo que tenemos pero, ¿cuántas veces escuchamos hablar sencillamente de “felicidad”?

La felicidad es muy importante. Y no me equivoco al creer que todos queremos ser felices. No conozco a nadie que no tenga el deseo de ser feliz. Toda persona en su sano juicio quiere ser feliz. Algunos hacen cosas malas, otros hacen cosas buenas, pero todos quieren ser felices. Todo esto nos indica, estimados hermanos y amigos que, la felicidad, es una necesidad humana.

Para tener una vida plena, necesitamos ser felices. La Asamblea General de la ONU aprobó una resolución que reconoce la búsqueda de la felicidad como "un objetivo humano fundamental" e invita a los Estados miembros a promover políticas públicas que incluyan la importancia de la felicidad y el bienestar en su apuesta por el desarrollo. Cuando la política reconoce que el hombre necesita ser feliz, y cuando llevan a cabo mecanismos, o políticas, o resoluciones, están reconociendo la necesidad que tiene cada persona de ser feliz. Sin embargo, y esto lo declaro con toda convicción que, mientras los hombres no tengan a Dios, la felicidad que tanto buscan nunca podrá ser una realidad. Sin Dios el hombre no puede ser feliz. Sin Dios el hombre no puede

lograr una felicidad real, verdadera. Desde luego, al escuchar esta afirmación alguien podría preguntar, ¿por qué necesitamos a Dios para ser felices?

LAS COSAS DE ESTE MUNDO PRODUCEN UNA FELICIDAD VANA.

Todos entendemos el concepto de felicidad, e incluso todos en algún punto de nuestras vidas, hemos experimentado la felicidad; sin embargo, y aunque las personas que no tienen a Dios también experimentan la felicidad, se trata de una felicidad vana. Es pasajera, y de hecho, produce más y más la necesidad de ser feliz.

Muchas personas piensan que la felicidad se logra por tener una casa grande y elegante, y que tenga todas las comodidades. Y dicen, “si yo tuviese esa casa, o si pudiera darle a mi familia estas cosas, entonces seríamos muy felices”. No obstante, eso es un engaño.

Creen que lograrán ser felices por tener uno o dos autos del año y bien equipados. Creen que lograrán la felicidad con un buen empleo, o con un

buen negocio que les proporcione buenas ganancias económicas. “Salud, dinero y amor son la clave”, dirán otros más. Pero, ¿sabía usted que ninguna de estas cosas le lleva a una verdadera felicidad? Ni aunque las tuviese todas juntas.

No, no estoy diciendo que todas esas cosas sean malas. Tampoco estoy diciendo que lograr tenerlas por medio del trabajo honesto sea malo. Lo que estoy cuestionando, es si tener tales cosas nos llevan a gozar una felicidad verdadera. Sobre todo, a una felicidad estable y continua; y no a estados de dicha temporal, sino a gozar total y permanentemente de la felicidad. Porque si tales cosas hacen al hombre feliz, entonces hay que buscarlas. Hay que esforzarse para tenerlas. Pero si esas cosas solo proporcionan una felicidad vana, entonces no hay razón para invertir tanto de nuestra vida en algo que no proporciona verdadera felicidad. Y si Dios es la fuente real de felicidad, entonces hay que buscar a Dios.

Entonces, pregunto nuevamente, ¿tener tales cosas resulta en verdadera felicidad? La experiencia nos dice que no. Hay muchas personas que poseen todo esto y muchas cosas más y no son felices.

Han luchado toda su vida por lograrlo y al final se dan cuenta que no era eso lo que les daría la felicidad. Aún se sienten vacíos. Los días siguen siendo grises y no hay un gozo genuino y duradero en sus vidas.

La Biblia muestra esa triste realidad. En Eclesiastés 2:1, luego que el escritor estuvo buscando la felicidad en la “sabiduría”, sin encontrarla, expone también su fracaso tras buscarla en los placeres, las posesiones y la alegría de este mundo. Él dice, ***“Dije yo en mi corazón: Ven ahora, te probaré con alegría, y gozarás de bienes. Mas he aquí esto también era vanidad.”*** Aquí encontramos dos elementos que toda persona busca, la “alegría” y “los bienes”; pero encontrarlos y tenerlos resultan en un gran fracaso para lograr la felicidad, ¿por qué? Por la naturaleza misma de tales cosas. Ambas cosas son “vanidad”. ¿Cuánto dura la alegría? A veces nos ponemos alegres por un relato cómico, o por algo muy gracioso, o por una buena noticia; y aunque saltamos, y nos cansamos de tanta risa, al final damos un buen suspiro, y la alegría se aleja de nosotros. Pronto algún enojo, o algún sentimiento

de tristeza tomará el lugar de la alegría, y no se moverá de allí por mucho tiempo, o quizás hará su morada allí hasta el día de nuestra muerte.

Por su parte, ¿cuánto dura la alegría causada por los bienes que se poseen? En esta vida, “*la polilla y el orín corrompen*” todos nuestros bienes, y “*ladrones minan y hurtan*” lo que hemos logrado tener con muchos sacrificios (cfr. Mateo 6:19). Y si nuestra felicidad tiene esos fundamentos, entonces nuestra felicidad es tan vana como los fundamentos mismos. Si las cosas se echan a perder, se corrompen o se destruyen con el uso; nuestra felicidad también envejecerá, se corromperá o se destruirá junto con ellas. Si usted puso su felicidad en tener una casa, tarde o temprano se acostumbrará a ella, o poco a poco se destruirá, y la felicidad no tendrá un futuro diferente. Las termitas no solo comerán la madera de su casa, sino la felicidad misma. El paso del tiempo o los animales terminarán con ella, para gestar una sensación de fatiga y amargura en su alma. También cuando uno se acostumbra a las cosas que tiene, la felicidad se aleja, porque la rutina es enemiga de la felicidad. No pueden vivir

juntas, y lamentablemente, la rutina siempre termina venciendo a la felicidad, y la asesina sin contemplación alguna.

Si construir una casa sobre la arena resulta en un terrible fracaso (cfr. Mateo 7:26, 27), fundamentar nuestra felicidad en la alegría que los bienes producen, no puede tener un resultado distinto, sino el mismo y miserable efecto.

Ante ese panorama gris y desalentador, no debemos ignorar la experiencia del escritor bíblico cuando escribe, “A la risa dije: Enloqueces; y al placer: ¿De qué sirve esto? Propuse en mi corazón agasajar mi carne con vino, y que anduviese mi corazón en sabiduría, con retención de la necedad, hasta ver cuál fuese el bien de los hijos de los hombres, en el cual se ocuparan debajo del cielo todos los días de su vida. Engrandecí mis obras, edificué para mí casas, planté para mí viñas; me hice huertos y jardines, y planté en ellos árboles de todo fruto. Me hice estanques de aguas, para regar de ellos el bosque donde crecían los árboles. Compré siervos y siervas, y tuve siervos nacidos en casa; también tuve posesión grande de vacas y de ovejas, más que todos los que fueron antes de

mí en Jerusalén. Me amontoné también plata y oro, y tesoros preciados de reyes y de provincias; me hice de cantores y cantoras, de los deleites de los hijos de los hombres, y de toda clase de instrumentos de música. Y fui engrandecido y aumentado más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén; a más de esto, conservé conmigo mi sabiduría. No negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni aparté mi corazón de placer alguno, porque mi corazón gozó de todo mi trabajo; y esta fue mi parte de toda mi faena. Miré yo luego todas las obras que habían hecho mis manos, y el trabajo que tomé para hacerlas; y he aquí, **todo era vanidad y aflicción de espíritu, y sin provecho debajo del sol.**” (vv. 2-11).

¿Y la felicidad? Tan vana como todas las cosas que supuestamente la podían producir. Ni la buena salud, ni un buen trabajo, ni una buena casa, ni el dinero, ni el amor, nada de las cosas de este mundo puede llevarnos a la felicidad. Si usted está buscando la felicidad en todas esas cosas, quedará frustrado y lleno de amargura, viendo como todo se desvanece, se acaba, se termina y su felicidad...

igual de vana y corrupta como todas las cosas que ha logrado tener, y que quizás goza actualmente.

Muchos que han puesto sus esperanzas en el dinero, y así lograr la felicidad que tanto desean, terminan frustrados al ver que cae la banca de valores, y mientras esta institución humana se derrumba, con ella se derrumba la felicidad de quienes pretendían ser felices por medio del dinero. ¿Y qué tendrán a cambio? Su ruina será como la de aquellos que se enriquecían y hacían negocios en la gran ciudad identificada como la gran ramera. Cuando cayó, cuando vino el juicio sobre ella, dice la Biblia, *“Y los reyes de la tierra que han fornicado con ella, y con ella han vivido en deleites, **llorarán y harán lamentación sobre ella**, cuando vean el humo de su incendio, parándose lejos por el temor de su tormento, diciendo: **¡Ay, ay**, de la gran ciudad de Babilonia, la ciudad fuerte; porque en una hora vino tu juicio! Y los mercaderes de la tierra **lloran y hacen lamentación sobre ella**, porque ninguno compra más sus mercaderías”* (Apocalipsis 18:9-11). ¿Dónde quedaron las inversiones? ¿Dónde quedaron los buenos negocios? Ahora es una gran

avalancha de pérdidas y una quiebra inevitable.
¡Adiós a la buena vida! ¡Adiós a la seguridad!
¡Adiós al prestigio! ¡Adiós a muchos amigos!
¡Adiós a la felicidad!

Si ha puesto su felicidad en manos de la fama, en cualquier momento verá que se cae el pedestal en donde le tenían sus fanáticos. En un momento verá que la difamación es mucho más fuerte que las alabanzas. Si busca su felicidad en el deporte, pronto sentirá el látigo de la fatiga, y aceptará con tristeza que hasta en los deportes entra la política, la intriga, la envidia y la traición. Pablo dijo que ***“el ejercicio corporal para poco es provechoso”*** (1 Timoteo 4:8), por lo que, de seguro no sirve para encontrar la felicidad allí.

¿Cuál es el error de fondo en creer que por medio de tales cosas se puede ser feliz? La confusión de dos conceptos es el problema. No es lo mismo vivir cómodos, que vivir felices. Uno puede vivir feliz sin vivir cómodamente.

La vida cómoda produce una felicidad vana, una felicidad aparente, que no es real, que no tiene un buen sustento, ni mucho menos consistencia. Es

una burbuja, es una emoción resultante de la comodidad y la ausencia de problemas. ***Pero la verdad es que mientras vivamos aquí en la tierra no podremos estar 100% cómodos y sin problemas.*** Nadie en la tierra ha podido vivir cómodo y sin problemas, por eso, mientras la felicidad sea buscada en la comodidad, entonces el fracaso es inevitable.

¿Qué hay de las personas? Tal vez la felicidad dependa de las personas que nos rodean. No obstante, nuestros padres, nuestros hijos y aun nuestra pareja nos pueden fallar, y de seguro lo harán. Desde el principio de la creación, podemos ver cómo la esposa y el esposo se fallan mutuamente. Y así podemos seguir leyendo a través de las páginas de la Biblia y encontrar a hijos fallando a sus padres, a hermanos fallando a sus hermanos, al prójimo fallando y dañando a su prójimo. Las noticias están llenas de esta verdad. Usted sabe que no miento. La violencia, los crímenes y toda clase de abusos e injusticias, nos muestra qué tan grave puede ser pretender encontrar la felicidad en el hombre.

Ya hemos visto hacia diferentes direcciones para encontrar la felicidad. Hemos visto que ni las personas, ni los bienes, ni los placeres pueden darnos una verdadera felicidad. Nada en este mundo puede darnos la felicidad que necesitamos.

Pero... esperen un momento. Falta apuntar nuestra mente y corazón hacia otra dirección. Hay todavía una persona que debemos considerar: Dios. Y este es el punto principal: *Necesitamos a Dios para ser felices*. Pero, ¿por qué? ¿Por qué necesitamos a Dios?

PORQUE SIN ÉL NO SE PUEDE ALCANZAR LA FELICIDAD.

Esta verdad la vemos expresada desde las primeras páginas de la Biblia. Adán, Eva y sus hijos, vivían en plena comunión con Dios, y eran felices. En sus vidas había armonía y buenas relaciones. Sin embargo, cuando Adán y Eva tomaron la decisión de alejarse de Dios, entonces la desgracia se hizo presente. Según el capítulo 3 del libro de Génesis, ellos llegaron a tener sentimientos e ideas que nunca antes habían experimentado. Llegaron a sentir miedo y vergüenza. En Génesis 3:8-10,

leemos: *“Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto. Mas Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú? Y él respondió: Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí”*. Desde ese día, fatiga, sudor, espinos y cardos, dolor, humillación y muerte serían parte de su vida. El panorama para ellos no era nada alentador. ¿Y qué decir del golpe que recibieron sus corazones, al saber que Caín mató a su hermano Abel? El muerto es su hijo, pero lo es también el asesino. Nunca antes la vida había sido tan amarga y dolorosa para ellos, ni para sus descendientes.

Dice Génesis 6:12, *“Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida; porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra.”* ¡El hombre sin Dios no sabe vivir! Sin Dios se carece de sabiduría, y de bendiciones espirituales necesarios para alcanzar la felicidad.

Si Dios está con nosotros, entonces aprendemos a vivir. La felicidad no es producto de lo que se

tiene, ni de las condiciones en que se sufre. La felicidad es el resultado de *saber vivir*. La mayoría de las personas no saben vivir. Pueden tener en abundancia o padecer necesidad, pero si no saben vivir, nunca podrán ser felices.

Mire lo que dice el apóstol Pablo en Filipenses 4:12, “*Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad*”.

Pablo tenía comunión con Dios, y con Dios aprendió a vivir, y las condiciones en las que vivía no afectaban su felicidad. Por eso necesitamos a Dios para ser felices.

Si Dios está con nosotros, entonces aprendemos a vivir satisfechos. ¿Cómo es que se puede vivir feliz, sin importar las condiciones de la vida? Dios nos enseña que eso se logra por medio del “*contentamiento*”. El contentamiento es estar satisfechos en cualquier estado de vida, en cualquier situación, sea buena o sea crítica.

Pablo dice, *“he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación.”* (Filipenses 4:11). Pablo ha sido enseñado sobre la postura de Dios con respecto a su situación. Es así que este contentamiento resulta, precisamente, de la relación que Dios tiene con nosotros. Cuando tenemos a Dios, en nuestra vida nada ocurre sin su conocimiento. Él ve y conoce nuestra situación; entonces yo debo mirarla, no desde mi óptica, o desde la óptica del mundo, sino desde SU perspectiva.

Cuando yo veo mi situación, cualquiera que esta sea, desde la perspectiva de Dios, entonces no hay razón para la estrechez, no hay razón para la amargura, para el resentimiento, para la sensación de injusticia, para la queja. Por el contrario, hay razón para el “contentamiento”, la satisfacción o la felicidad. Necesitamos a Dios para ser felices.

Si Dios está con nosotros, entonces lo que nos ocurre tiene buenos propósitos. Dios puede sacar provecho de cualquier situación para transformarla en un viaje para su gloria, o incluso, para mi propio beneficio. Esto conlleva una serenidad profunda en toda situación, aún en la más trágica.

En la historia de Job, uno de los hombres que más ha padecido en la historia de la humanidad, aprendemos que, efectivamente, uno puede mantenerse ecuánime si confía en el propósito de Dios que permite situaciones difíciles en nuestra vida. La historia dice que, *“Job se levantó, y rasgó su manto, y rasuró su cabeza, y se postró en tierra y adoró, y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito. En todo esto no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno.”* (Job 1:20-22).

En el Nuevo Testamento, el escritor sagrado nos explica sobre los beneficios de la vida de Job, diciendo: *“He aquí, tenemos por bienaventurados a los que sufren. Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor, que el Señor es muy misericordioso y compasivo.”* (Santiago 5:11).

Usted puede vivir confiadamente, y así, ser feliz sabiendo que Dios está con usted, y quiere hacer algo con su vida. Quiere usarle para su gloria, quiere usarle para bendecir a otros, quiere usarle

para comunicar su amor y voluntad a otros. ¡Qué gran privilegio y honor!

NECESITAMOS A DIOS PARA COMENZAR DE NUEVO.

Hay muchos males en el alma que no le dejan vivir feliz. La culpa, el rencor, el odio y el pecado son asesinos de la felicidad. Y solamente Dios tiene poder sobre todos esos males del alma. Cristo dijo, *“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor”* (Lucas 4:18-19). Tener comunión con el Señor es gozar de ese “año agradable”, y de esa libertad que solamente él hace posible. El apóstol Pablo también escribió, diciendo, *“Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados”* (Colosenses 2:13). Jesús murió a nuestro favor en la cruz, y con el mismo propósito volvió a vivir. Este sacrificio, y esta manifestación de poder sobre la

muerte y el pecado, hicieron posible nuestra redención, nuestro perdón. No hay razón para seguir atados por la culpa, por el pasado, ni por el pecado. Si usted viene a Dios, y tiene a Dios, entonces podrá comenzar de nuevo, ser libre y gozar de verdadera felicidad.

*“Bienaventurado el varón que
no anduvo en consejo de malos,
Ni estuvo en camino de pecadores,
Ni en silla de escarnecedores se ha sentado;
Sino que en la ley de Jehová está su delicia,
Y en su ley medita de día y de noche.”*

Salmo 1:1, 2.

Capítulo 2

Necesitamos a Dios para ser guiados

No son pocos los llamados “expertos” que ofrecen consejo y guía sobre temas importantes como el amor, la familia, la solución a problemas diversos, la felicidad y hasta sobre el propósito de la vida. ¿Qué tan confiables son esas guías? ¿No es mejor recurrir a Dios para buscar guía y consejo?

**NECESITAMOS A DIOS PARA SER
GUIADOS, PORQUE LOS EXPERTOS
FALLAN.**

Ni la educación secular, ni la psicología, ni ninguna ciencia humana han logrado frenar los grandes males que el hombre ha producido, y que ha hecho que la vida y la moral se vean cada vez más afectadas.

¿Qué hizo la educación y los diversos expertos que trabajaron con las generaciones que ahora están activas en diversos ámbitos de la sociedad? La corrupción ha sido un cáncer que está dañando sumamente al mundo. Es un tornado que destruye todo a su paso, afectando la política, el ambiente y la sociedad. Por causa de la corrupción los servicios que recibimos de parte de nuestro gobierno son de pésima calidad y mucho más costosos. Con la corrupción se ve afectada la educación, la seguridad, los mercados laborales e inmobiliarios, la naturaleza y en última instancia, pero con un daño que no es digno de ignorar, su familia. ¿Qué han hecho los expertos? El hombre alejado de Dios tiende a ser corrupto, pues si a Dios amara, la honradez y la integridad jamás darían cabida a la corrupción. Necesitamos a Dios para ser guiados honrada y honestamente.

Sobre el tratamiento de la familia, también tenemos muy malos resultados pues, los expertos, ven el divorcio como una buena opción ante los conflictos o la “falta de amor” entre la pareja; por lo que, en nuestros días muchos se están casando para divorciarse. Ven el matrimonio como algo

anticuado; por lo que ya no se casan para toda la vida. Pero, ¿en realidad es una buena solución? No lo es. Esa es una guía equivocada.

Un divorcio afecta todas las áreas de la vida. El divorcio además de dañar su autoestima, tiene consecuencias emocionales muy negativas, tales como la tristeza, la depresión, el enojo, la culpa, deseos de venganza, confusión, ambivalencia, temor, inseguridad, fracaso y remordimiento. Todo esto afectará su vida social, familiar y laboral. No obstante, parece que este mal es inevitable, pues los expertos no solo lo recomiendan, sino que el mundo se está convenciendo que es una salida correcta ante los conflictos que sufren en su hogar. Si no queremos sufrir los efectos devastadores del divorcio, entonces necesitamos a Dios para ser guiados.

Usted, como cada hombre en la tierra, necesita de un conjunto de valores fundamentales que les den seguridad y dirección a sus vidas. Y sin Dios, es imposible tener tales valores fundamentales.

Muchas personas que rechazan a Dios no se dan cuenta del terrible error que están cometiendo,

mientras que, al venir y entregar sus vidas a Dios, deben saber que probablemente estén evitando que exista un drogadicto más, un asesino más, un divorcio más, un suicidio más... Están salvándose de ser parte de la lista negra que representan las deplorables estadísticas que registran las desgracias de la humanidad.

DIOS NOS GUÍA EN TODOS LOS ASPECTOS DE NUESTRA VIDA.

Digamos que usted compra una cámara o una computadora. Lo que espera es que el fabricante incluya un manual de instrucciones que muestre la mejor manera de usar el equipo y sacarle provecho, ¿verdad? La Biblia es como ese manual; es el manual que Dios, el “fabricante”, nos ha dado para enseñarnos a vivir. Este “manual” explica para qué fue diseñado el “producto” y cómo se ha de usar para obtener los mejores resultados.

Tal como un manual bien redactado, la Biblia nos advierte sobre las acciones que podrían arruinar o entorpecer el buen funcionamiento del “producto”: nuestra vida. Los consejos de otras personas podrían parecer más fáciles de seguir pero, ¿no es

lógico pensar que la mejor manera de evitar problemas y obtener buenos resultados, es por seguir las instrucciones del “fabricante”? Consideremos algunos ejemplos de lo que Dios dice acerca de nuestra vida:

1. Dios no aprueba la fornicación, ni el divorcio. Estableció el matrimonio para toda la vida: *“dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne”* (Génesis 2:24).
2. Dios quiere que exista la familia, es decir, que el hombre y la mujer casados tengan hijos: *“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos”* (Génesis 1:27, 28).
3. Quiere que los padres críen a sus hijos: *“Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor”* (Efesios 6:4).

4. Quiere que los hijos obedezcan y honren a sus padres: *“Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa”* (Efesios 6:1, 2).

5. Quiere que el hombre lleve una vida honrada y buena: *“Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne.”* (Romanos 13:13, 14), ¿cuántos males se evitarían al aceptar la guía divina?

6. Efesios 4:28, 29 – *“El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad. Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes”*.

Como puede usted darse cuenta, nuestra sociedad está viviendo al lado opuesto de la rectitud de vida que Dios ha diseñado para nosotros. El ser humano no fue diseñado para vivir de otra manera. Desde luego, puede y tiene la libertad de vivir como quiera; sin embargo, pronto estará sufriendo las consecuencias de vivir sin la guía de Dios (cfr. Efesios 4:17-19).

DIOS NOS GUÍA EN CUESTIONES ESPIRITUALES.

El salmista dijo, *“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino.”* (Salmo 119:105). Dios, por medio de su palabra, no solo nos guía correctamente en cuestiones morales, sino también en cuestiones espirituales. Y al haber el hombre tomado la decisión de ignorar la voluntad de Dios, es así que vive perdido. Sin Dios el hombre está perdido.

No decimos que usted sea una mala persona, pero no solo las malas personas están perdidos, sino también aquellos que se consideran buenos, y que son buenos. Al momento de querer vivir sin Dios, se vive en tinieblas y en el error. Esto es inevitable.

Así como el carbón se apaga cuando es retirado de la fogata, así el hombre muere espiritualmente cuando se aleja de Dios, y las malas decisiones que afectan su vida, y la de quienes le rodean, es la evidencia de tan terrible mal (cfr. Romanos 1:18-32).

A veces algo está perdido cuando no se encuentra dónde debería estar y, por lo tanto, no le es útil a su dueño. Piense en lo que sucedería si se le perdieran las llaves del auto. Ambas cosas serían inútiles para usted, por mucho que las necesite y las desee tener, y al margen de lo buenas que puedan ser las llaves y el automóvil.

A veces un hombre perdido no sabe que está perdido. Eso ocurre con muchos conductores. Hay gente que se equivoca de ruta, y defienden hasta la muerte que van por la vía correcta pero, lo cierto es que van por un camino muy equivocado y sólo vienen a darse cuenta cuando se han alejado demasiado de su destino. Muchos así creen que no necesitan la guía de Dios, sin darse cuenta que se han extraviado, dirigiéndose a la perdición eterna (cfr. Proverbios 14:12).

Afortunadamente Dios ha venido a buscarle, a pesar de lo muy perdido que se encuentre. Quizás usted mismo, o alguien más podría pensar que usted no merece que Dios lo busque; sin embargo, él ha venido a buscarle. El evangelista escribió, “*¿Qué hombre de vosotros, teniendo **cien** ovejas, si pierde **una** de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y **va tras la que se perdió, hasta encontrarla?**” (Lucas 15:4)*

Usted no ha encontrado el camino, de hecho, usted es culpable de su propia perdición pues, “*Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino*”, dijo el profeta (Isaías 53:6). Pero, aun así, con toda su culpabilidad, y con toda su maldad y perversión, Dios quiere guiarle, y llevarle a “*lugares de delicados pastos*” donde le “*hará descansar*”, donde “*Junto a aguas de reposo*” le “*pastoreará*”, y “*Confortará*” su “*alma*”, y le “*guiará por sendas de justicia*” (Salmo 32:2).

La guía de Dios no solo es necesaria, sino también sumamente buena para nuestras almas. ¿Quién se atreverá a despreciarla?

¿QUÉ TIENE QUE HACER PARA COMENZAR A SER GUIADO POR DIOS?

Si usted quiere ser rescatado y luego ser guiado por Dios a su gloria eterna, usted necesita creer de todo corazón que Cristo es el Hijo de Dios. Juan 20:31, dice, *“Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre”*.

Usted necesita arrepentirse de sus pecados. En Hechos 3:19, leemos: *“Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio”*. El arrepentimiento es un mandamiento de Dios para todos los hombres, y así estén listos para el día del juicio final. En Atenas, así lo declaró Pablo, *“Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos”* (Hechos 17:30, 31). ¿Y qué es el arrepentimiento? El arrepentimiento es dejar de hacer nuestra

voluntad, para hacer ahora la voluntad de Dios. Jesús lo ilustró diciendo, *“Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, vé hoy a trabajar en mi viña. Respondiendo él, dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue.”* (Mateo 21:28, 29)

Usted necesita confesar públicamente que cree de todo corazón que Cristo es el Señor, el Hijo de Dios. En Romanos 10:9, 10, dice: *“que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación”*.

Luego de todo esto, usted necesita ser bautizado para el perdón de sus pecados y la salvación de su alma. El apóstol Pedro, declaró a los judíos culpables de pecado, *“Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.”* (Hechos 2:38). Y esta bendición, así como estos mandamientos, no son solo para judíos, sino *“para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare”* (v. 39).

Crear el evangelio y ser bautizados, es algo necesario para la salvación de todas las naciones. Cristo dijo, *“Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado”* (Marcos 16:15, 16). El bautismo es necesario para ser lavados de nuestros pecados. Ananías y dijo a Saulo de Tarso, *“Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre.”* (Hechos 22:16). Por todo esto que, *“Crispo, el principal de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa; y muchos de los corintios, oyendo, creían y eran bautizados”* (Hechos 18:8)

Cuando creemos el evangelio, nos arrepentimos de nuestros pecados, confesamos nuestra fe en Cristo como el Hijo de Dios, y somos sumergidos en agua, somos añadidos por Cristo a su iglesia (Hechos 2:47). Al hacer todo esto, usted habrá pasado de muerte a vida (Juan 5:24), y ha sido trasladado al reino del Hijo de Dios (Colosenses 1:13, 14).

Ahora bien; aunque el Señor nos da guía e instrucciones, no nos obliga a seguirlas. Más bien,

porque nos ama y quiere ayudarnos, nos dice con cariño: ***“Así ha dicho Jehová, Redentor tuyo, el Santo de Israel: Yo soy Jehová Dios tuyo, que te enseña provechosamente, que te encamina por el camino que debes seguir. ¡Oh, si hubieras atendido a mis mandamientos! Fuera entonces tu paz como un río, y tu justicia como las ondas del mar.”*** (Isaías 48:17, 18).

En resumen, si seguimos la guía de Dios, tendremos *“gloria y honra e inmortalidad”* (Romanos 2:7). Necesitamos a Dios para ser guiados. Usted necesita a Dios. ¿Quiere venir a él? ¿Quiere ser guiado por él?

*“Lámpara es a mis pies tu palabra,
Y lumbrera a mi camino.”*

Salmo 119:105.

Capítulo 3

Necesitamos a Dios para tener soluciones

Muchas personas se atreven a decir que no necesitan a Dios. Otros muchos piensan que creer en él no tiene sentido. Dicen que “si hubiera Dios que nos ame, no habría tanta maldad y tantas desgracias en el mundo”. Se preguntan, ¿por qué hay tanta gente buena que sufre? ¿Por qué hay tantas injusticias? ¿Por qué hay tanta desigualdad en el mundo? Guerras, hambre y muerte por todas partes. ¿Por qué nacen enfermos tantos niños? ¿Por qué la vida está tan llena de injusticias?

No estoy afirmando que está mal en hacer tales preguntas, pero, ¿están hechas con justicia? Quienes piensan de esa manera, nunca se han preguntado si realmente es Dios el responsable de todo eso. ¿No existe otra alternativa? ¿No existen

causas razonables por las cuales la humanidad sufre tanto?

La maldad es una realidad, el sufrimiento es una realidad, la violencia, el robo, el crimen, el miedo, el desempleo, etc., son una realidad. ¿Qué solución pudiera uno encontrar? Ya hemos probado en nuestro capítulo anterior que el hombre no puede arreglar tantos problemas. Lo que sí puedo afirmar categóricamente, es que necesitamos a Dios para tener soluciones a todos estos males.

PORQUE SIN DIOS, BROTA LA MALDAD.

En el libro de Génesis, en los primeros capítulos, leemos sobre la alternativa que se le presentó al hombre con respecto a seguir siendo guiado por Dios, o a guiarse a sí mismo.

Guiando y advirtiendo al hombre, Dios le dijo, *“De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”* (Génesis 2:16, 17).

¿Qué hubiera hecho usted, ante este mandamiento divino? Tal vez usted, conociendo toda la historia,

se hubiese alejado corriendo de ese árbol, y hubiese construido una cerca muy alta con una variedad de advertencias para que ni usted, ni su familia se acerquen a él.

Pero, ¿es eso lo que hace la gente cuando escuchan la Palabra de Dios? ¿Acaso no se levantan contra la voluntad de Dios, diciendo que es “su vida”, que es “su cuerpo” y que tienen todo el derecho de hacer como se les pegue la gana? Así que, la próxima vez que usted crea que otros aparte de Adán y Eva hubiesen hecho un mejor papel ante la voluntad de Dios, es preciso que vea a su alrededor y note cómo las personas, y tal vez usted mismo, han preferido conducir sus vidas como mejor les ha parecido.

Ahora sigamos leyendo, *“Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?”* (v. 1).

¿Leyó con atención? La serpiente “era astuta”, ¿y no ha sido la astucia y la supuesta inteligencia de los hombres lo que los ha alejado de Dios, para

conducir sus vidas según sus propias ideas y caprichos? No son pocos los intelectuales, científicos y personas que se creen muy inteligentes, y así, rechazan la voluntad de Dios. Nunca leen la Biblia, ni aceptan estudiarla. Creen que es un libro viejo que no puede ayudarles en nada. La próxima vez que usted crea que otros aparte de Adán y Eva hubiesen hecho un mejor papel ante la voluntad de Dios, es preciso que vea a su alrededor y note cómo la inteligencia y la astucia de las personas, y tal vez la suya misma, les han hecho preferir llevar sus vidas como mejor les ha parecido.

Génesis 3:2 – “Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis. Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal. Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la

sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella. Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales.” (Génesis 3:1-7).

Como vemos, la serpiente no solo acusó a Dios de mentir, sino también, dio a entender que Dios era injusto en la manera en que les estaba guiando. El hombre se tragó el cuento de que les iría mejor sin Dios y sin su voluntad. Ahora, piense en esto... ¿Cómo se podría demostrar que tales ideas eran verdaderas o falsas? No hay otro modo de probar que tal filosofía es verdadera o falsa, sino hasta que las cosas así sucedan. Es así que Dios permitió que las cosas siguieran su curso. Sobre todo, el curso que el hombre decidió recorrer. Así que, Eva *“tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella”* (Génesis 3:6).

Les ganó la codicia, el orgullo, y creyeron que podrían vivir mejor sin Dios y su voluntad. ¡Creyeron que podrían vivir mejor sin Dios!

¿Qué opina usted? ¿Realmente puede vivir y gobernarse mejor el hombre sin la ayuda de Dios? Piense en el sufrimiento, las injusticias, las enfermedades y la muerte. Piense en la delincuencia y la pérdida de la moralidad; en las guerras y los genocidios... Estas y otras dificultades que han afligido a la humanidad a lo largo de los siglos han demostrado más allá de toda duda que los intentos del hombre por vivir separado de Dios han sido un total y completo fracaso.

Dado que el hombre decidió alejarse de Dios, y dado que ha despreciado su voluntad a través de los tiempos, no tiene ninguna autoridad moral para levantar su dedo y acusar a Dios de todas las desgracias que hay en el mundo.

Usted ha querido vivir sin Dios, ha querido libertad, se ha creído más sabio que Dios, ha querido tomar un camino contrario al de Dios, ha querido construir su casa sobre la arena, y ahora torpemente quiere culpar a Dios del fracaso que hemos producido por intentar vivir sin su sabiduría.

En vista de lo anterior, ¿no queda claro que necesitamos buscar a Dios para conseguir, no solo respuestas a las preguntas que tanto nos atormentan, sino también verdaderas soluciones?

PARA LA SOLUCIÓN DEL PECADO.

Nadie debe juzgar a Dios, ni culpar a Dios por los problemas humanos. Pero, lo que sí debe quedar claro, es que Dios tomará en cuenta lo que el hombre ha hecho y sigue haciendo en perjuicio de sí mismo. Esta es la postura de Dios: *“por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”* (Romanos 3:23). Dios no tendrá por inocente a quienes han obrado maldad y han provocado dolor e injusticia en el mundo.

Usted puede seguir acusando a Dios todo lo que quiera, pero sepa que él también sabe de sus malas obras: *“Ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque.”* (Eclesiastés 7:20).

Mientras usted sigue perdiendo su tiempo en acusar a Dios, está cavando su propia ruina, pues, *“la paga del pecado es muerte”* (Romanos 6:23)

Acusar a Dios no nos hace libres de nuestra culpa. La verdad es que hemos pecado, y así, hemos contribuido a la desgracia y ruina de la humanidad. Con cada acto humano perverso y vil, el mundo se hace cada vez más peligroso, la vida se torna cada vez más gris, y el corazón de los hombres se llena más y más de oscuridad.

Por tanto, necesitamos una solución, y esa solución solamente la encontramos en Dios, pues, *“la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús”* (Romanos 6:23b).

Sobre Cristo, las profecías indicaron sobre los beneficios de su venida, *“El pueblo asentado en tinieblas vio gran luz; Y a los asentados en región de sombra de muerte, Luz les resplandeció”* (Mateo 4:16). El efecto de la venida de Cristo a la vida de los hombres, es el de resplandecer sus vidas, es el de llenar de luz su mente y así, no seguir viviendo en la esclavitud de las tinieblas. ¿Dónde más podemos encontrar esta luz? ¿Dónde más podemos conseguir este resplandor? Solamente en Jesucristo. No hay otro remedio para la ignorancia y el temor que existe en medio de las tinieblas.

A Dios podemos acudir, no solo para sentir apoyo, no solo para que un buen amigo esté a nuestro lado, sino para encontrar soluciones. Ante la muerte, él ofrece la resurrección (Juan 11:25). Ante nuestra necesidad de Dios, él es el único y eficaz mediador (1 Timoteo 2:5). Ante nuestros pecados, él se ofreció como sacrificio para perdonarnos de toda nuestra maldad (1 Juan 1:9). Los conflictos familiares se solucionan si ponemos en prácticas las instrucciones que él dejó en su palabra para la familia (Colosenses 3:18-21). Como empleados, sabemos que el Señor nos recompensa si somos honestos y diligentes (Colosenses 3:22-25).

Los pobres en espíritu, reciben el reino de los cielos (Mateo 5:3). Los que lloran, serán consolados (v. 4). Los que son mansos, reciben la tierra por heredad (v. 5). Los que tienen hambre y sed de justicia, serán saciados (v. 6). Los misericordiosos, recibirán misericordia (v. 7). Los de limpio corazón, verán a Dios (v. 8). Los pacificadores, serán llamados hijos de Dios (v. 9). Y si somos afectados por nuestra fidelidad a Dios,

somos bienaventurados y llenos de gozo, porque nuestro galardón es grande en los cielos (v. 11-12).

Si usted necesita soluciones, no es sabio que busque entre aquellos que tienen la misma necesidad que usted. Si usted necesita soluciones, no es sabio alejarse de Dios y morir en el intento. Si usted necesita soluciones, no es sabio darse por vencidos. Busque a Dios. Haga su voluntad, y entonces será libre de la opresión que le impide gozar de su vida al máximo. Sé que en medio de la dificultad que usted sufre, no se aprecian salidas, ni tampoco se percibe una vida diferente, sino solo caos y sufrimiento. Sin embargo, hay solución. Existe el remedio. Los enfermos que padecían males incurables en los días de Cristo, todos ellos fueron libres a pesar de no existir remedio humano alguno. La mujer enferma de flujo de sangre gozó del poder de Dios. Hombres ciegos, parálíticos y oprimidos por espíritus inmundos gozaron de la libertad que Cristo otorgó a cada uno. Los mudos volvieron a cantar, los ciegos contemplaron su rostro junto con todas las cosas que había a su alrededor. Los cojos caminaron y saltaron. Los muertos volvieron a vivir. ¿Por qué, entonces,

duda usted de que en el Señor puede encontrar la solución que necesita? A veces solo nos detenemos maravillados por los cuerpos resucitados, por la nueva piel que recibieron los leprosos, por la vista que recobraron los ciegos, y por el vigor que los parálíticos sintieron en sus piernas; sin embargo, ¿alguna vez ha pensado en las implicaciones que tuvo eso para la historia de vida de cada uno de ellos? Así como nosotros, todos esos hombres y mujeres que fueron sanados, también tienen padres, hijos, parientes, amigos y vecinos que les estiman. Sus vidas fueron trastornadas por la enfermedad y la muerte. Sus seres queridos también. No obstante, con el toque del maestro, no solo volvieron a ver, a caminar y a vivir, sino también aquellos que se gozaron del bien que ellos habían recibido. Y esto es lo importante, pues en el Señor, reitero, podemos recibir aquello que más necesitamos.

“El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre.”

Eclesiastés 12:13

Capítulo 4

Necesitamos a Dios para recibir ayuda

El profeta declaró, *“Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos. Porque Jehová el Señor me ayudará, por tanto no me avergoncé; por eso puse mi rostro como un pedernal, y sé que no seré avergonzado.”* (Isaías 50:6, 7)

Hemos visto a la luz de la Biblia que necesitamos a Dios para ser felices. La felicidad es una bendición exclusiva para aquellos que tienen comunión con Dios (cfr. Salmo 1:1-3). Sé que a muchas personas les parece una declaración muy extrema, y no digna de confianza. Incluso algunos pensarán que se trata de una afirmación discriminatoria. Pero, no se trata de discriminar. Se trata de aprender una realidad evidente. Vivir sin Dios y su voluntad ha

producido muchos dolores, muchos males. Vivir con Dios promete y resulta en una historia radicalmente distinta. Una historia favorable. Mientras Adán y Eva tenían comunión con Dios, su vida completa era un completo paraíso. Alejados de Dios, experimentaron miedo, dolor y amargura; y finalmente, la muerte. Entonces, la historia misma de nuestras vidas ha probado que la felicidad es una bendición exclusiva para los que tienen comunión con Dios. Entonces, el hombre puede ser feliz, pero necesita a Dios para lograrlo.

También hemos aprendido que necesitamos a Dios para ser guiados. Las diversas corrientes de pensamiento, tanto filosóficas como religiosas, terminan por corromper al hombre y esclavizarlo con falsas esperanzas. El hombre, por muchos guías espirituales humanos que tenga, por muchos asesores familiares o económicos, termina en un completo caos, perdido en caminos que sin remedio lo llevan al fracaso, la depresión y la desgracia. La sensación de soledad que muchas personas están experimentando. La falta de dirección que muchos sufren en su juventud, o en su vida adulta, es evidencia de que los caminos que

han tomado por el mismo consejo humano, es un rotundo fracaso. El hombre sin Dios no sabe vivir. No tiene una guía correcta que le garantice bien estar incluso en momentos de aflicción. Necesitamos a Dios para ser guiados.

Necesitamos a Dios para tener soluciones reales. Mientras Adán y Eva se encontraron en una situación vergonzosa y llena de temor por haber tomado un camino distinto al que Dios les había trazado, tomaron una decisión equivocada. Quisieron encubrir su vergüenza con hojas de higuera, lo cual no representaba una verdadera solución al error que habían cometido, pues mientras se cubrían con lo que ellos mismos habían confeccionado, la vergüenza presente, y los efectos secundarios y terribles no se detuvieron, provocando mucho caos y sufrimiento que hasta el día de hoy ha tenido alcances globales, y ha lastimado a millones y millones de seres en la creación, incluyéndonos a usted y a mí. Nos creemos los suficientemente sabios como para solucionar nuestra existencia sin Dios. No obstante, todo es un sueño, es un error grave que al final termina complicado las cosas aún más. Por

eso, para tener solución para los diversos desafíos de la vida, sean emocionales, físicos o espirituales, necesitamos a Dios.

En cada capítulo hemos visto que el hombre es afligido con muchas cosas, tanto físicas como emocionales y espirituales. De allí que el hombre tiene el deseo de vivir libre de enfermedades, la vejez y la muerte. No obstante, en este mundo nadie nos puede ayudar. Y nadie nos puede ayudar, porque la enfermedad, la vejez y la muerte, no son cosas exclusivas de alguna nación, ni tampoco es librada ninguna persona por causa de su credo, o de su condición social. Son problemas comunes. Son dolores sufridos por toda la humanidad. No importa si yo le conozco a usted o no. No importa si usted tiene un credo diferente al mío. No importa si usted es más rico o pobre que yo. Todos esos males son universales. Todos tenemos problemas comunes, sin importar la lengua que hablemos, o la diferente modernidad que exista a nuestro alrededor. Hombres educados e ignorantes sufren las mismas penalidades. Por eso, nadie en la tierra nos puede ayudar. La nación más avanzada tampoco nos puede ayudar. Por

muchos descubrimientos científicos, y por una gran variedad de patentes que se hayan elaborado, no nos pueden ayudar porque padecemos de los mismos problemas.

NADIE EN EL MUNDO NOS PUEDE AYUDAR CON PROBLEMAS COMUNES.

Como seres humanos, tenemos graves problemas y preocupaciones comunes, e incluso, los padecemos con la misma intensidad. Aunque usted se sienta solo, o piense que es el único que está pasando por ese problema difícil, la realidad es que no está solo. Millones de personas tienen esa misma aflicción, y esa misma sensación de soledad. A través de los años los hombres han invertido muchas horas, mucha energía y muchos recursos económicos y humanos para lograr mitigar tales cosas, pero en el proceso siguen y siguen fracasando.

La gente daría cualquier cosa por estar libre de enfermedades, y para esto compran e invierten mucho dinero en toda clase de productos para ello; no obstante, todo es en vano. Buscan verse más jóvenes por medio de cirugías y cremas pero, ¿de

qué sirve? ¡De nada! Las modelos que venden esos productos, más temprano que tarde tendrán que ser remplazadas por mujeres jóvenes porque ellas mismas sufrirán los estragos de la edad y la corrupción de sus cuerpos. Aunque ellas puedan arreglarse un poco por medio de cirugías, la edad se verá en sus ojos y en la incongruencia de sus movimientos y sus palabras, representando una grotesca imitación de la juventud. El cantante que nos deleitaba con una voz hermosa, también dejará de cantar por perder la fuerza y la intensidad de su voz. El escritor dejará de escribir. El pintor de trazar bellos paisajes, y los deportistas dejarán sus trofeos y su lugar en la fama para las nuevas generaciones.

¿Y qué decir de la muerte? Aunque en el pasado nadie ha intentado evadir la muerte, en la actualidad se escuchó de un hombre ruso llamado Dmitry Itskov, quien ha declarado que, 10 años le llevará encontrar la forma de esquivar la muerte, trasplantando su cerebro a un robot. ¿Usted cree que lo logre? La Biblia dice, *“está establecido para los hombres que mueran...”* (Hebreos 9:27). ¿Lo ve usted? Aunque los hombres pretendan

encontrar soluciones, siempre se equivocan. Siempre tienen ideas o sueños imposibles. Ya está establecido que el hombre ha de morir, y contra eso no podemos hacer nada, sino solamente contemplar cómo una a uno los hombres se llevan unos a otros a la tumba. ¿Qué consuelo tenemos? ¿Qué solución podemos encontrar ante un panorama tan desolador? La Biblia dice, *"Muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas le libraré Jehová"* (Salmo 34:19). ¡Dios tiene soluciones! De hecho, él es el único que tiene el poder para vencer la muerte. Jesús dijo, *"No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación"* (Juan 5:28, 29). ¿Y qué será de aquellos que hicieron lo bueno, y así, salieron a resurrección de vida? Estarán en un lugar donde *"Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron"* (Apocalipsis 21:4). ¿Leyó con atención? Dios pondrá fin a la muerte, al llanto, al clamor y al dolor. Él terminará con todo eso. El

hombre no puede ayudarnos con eso, pero Dios sí.
¡Dios terminará con la crisis!

Solamente Dios puede librarle de sus aflicciones. Solamente Dios puede ayudarnos. Ningún médico, ninguna medicina, ni nada, ni nadie pueden ayudarnos. Solamente él puede ofrecer ayudas reales y verdaderas.

PORQUE ES MEJOR LA AYUDA DE DIOS QUE LAS SALIDAS FÁCILES.

Si usted está a punto de tomar decisiones equivocadas espere un momento. Antes de tomar el arma y cometer un crimen, antes de cometer un robo, antes de tomar una soga para llevarla a su cuello, o intoxicarse con medicamentos, antes de hacerse el aborto, antes de irse de casa, antes de divorciarse, antes de involucrarse con grupos criminales, antes de todo eso, busque a Dios. *“Guarda silencio ante Jehová, y espera en él. No te alteres con motivo del que prospera en su camino, por el hombre que hace maldades.”* (Salmo 37:7). Tal vez los caminos que el hombre toma parezcan la solución, pero la mejor solución es buscar la ayuda de Dios.

Cuando buscamos a Dios, debemos estar conscientes en que el tratará primero con nuestra necesidad más urgente, y que es la raíz de muchos de los males que padecemos. Lo primero que Dios quiere reparar en nuestra vida es el problema del pecado. En la Biblia leemos de un hombre parálítico que fue llevado por sus amigos ante Jesús, y desde luego, fue llevado para ser sanado. No obstante, cuando Jesús lo vio, le dijo, “*Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados*” (Mateo 9:2). ¡Increíble! Todo mundo pensaría que el problema más grave de este hombre tiene que ver con su salud física. Sin embargo, Jesús indicó que su desánimo, y su verdadero problema tenía que ver con sus pecados. Nosotros podemos suponer que la solución a nuestros problemas es el dinero, o la salud, o un nuevo matrimonio, cuando nuestra necesidad puede ser mucho más seria y grande que todo eso. Afortunadamente Dios sí sabe exactamente cuál es nuestra necesidad más urgente, y qué es lo que requiere su atención por sobre todas las cosas. Si nuestro problema es espiritual, entonces confiemos en que Dios tiene el poder de tratar con todo ello.

SOLO DIOS PUEDE AYUDARNOS CON EL PROBLEMA DEL PECADO.

“He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír.” (Isaías 59:1, 2)

¿Cuánto sufrimiento causa el pecado? ¿Cuánto sufre el alcohólico? ¿El drogadicto? ¿El adúltero? ¿El divorciado? El pecado proporciona placer, pero a un costo muy alto. La factura es muy grande para quien goce de *“los deleites temporales del pecado”* (Hebreos 11:25).

¿Y quién puede ayudarnos? Nada, ni nadie puede ayudarnos en este mundo. Solamente Dios tiene soluciones para nuestra necesidad espiritual. *“Sabed, pues, esto, varones hermanos: que **por medio de él se os anuncia perdón de pecados**”* (Hechos 13:38). El perdón de pecados solamente es posible por medio del Señor. No hay otra persona, sino Cristo. No hay muchos salvadores, ni

muchos medios de salvación. Solamente hay un camino, y ese camino el Señor (cfr. Juan 14:6).

Cuando Juan el bautista lo vio venir a él, dijo, “***He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.***” (Juan 1:29). Allí está la solución para el problema más grande que la humanidad tiene. Dios nos ha provisto de un cordero, que es su propio hijo, que quita el pecado del mundo. El pecado no tiene ningún poder ante él. La culpa del pecado deja de ser ante su voluntad. Por tanto, con toda confianza podemos decir con el salmista, “*Alma mía, en Dios solamente reposa, porque de él es mi esperanza.*” (Salmo 62:5)

“en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados.”

Colosenses 2:14.

Capítulo 5

Necesitamos a Dios para ser salvos

Las compañías de seguros ofrecen muy buenos servicios para proteger su auto, su casa, su salud y hasta la vida de su familia por si usted parte de este mundo. Con ellas usted puede sentirse a salvo. Sin embargo, aun así esas cosas no pueden evitar el dolor, ni tampoco el miedo. Para esto necesitamos a Dios.

COMO EN LOS DÍAS DE NOÉ.

En los tiempos de este patriarca, Dios vio que *“la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal.”* (Génesis 6:5).

“La maldad de los hombres era MUCHA”. Para que el pecado se extienda sobre la tierra no hacen faltan muchos años. El pecado llegó a existir en tan solo dos corazones, y ahora, en los días de Noé, la maldad llegó a ser un problema mundial. El pecado se extendió como si fuese un fuego descontrolado en un bosque seco. Todos y cada uno de los seres humanos comenzaron a cambiar su forma de ver la vida. Comenzaron a ser abusivos con su prójimo. A cavilar en sus corazón contra su vecino. A ser malos y perversos aún contra sí mismos. Los hombres perdieron su dignidad, las mujeres abandonaron la buena moral, y el mundo no solo se llenó de violencia, sino de caos, crimen y hedor a muerte. Los cadáveres podían ser vistos en todas partes, y el mundo llegó a ser un lugar peligroso para vivir.

Mientras los hombres se fueron multiplicando, la maldad también se multiplicó con ellos. La unidad orgánica de la sociedad es favorable para la propagación de la maldad. Aunque el pecado está en todas partes, la maldad es mucho mayor en lugares donde la sociedad vive junta y logran el progreso. Así como una manzana podrida echa a

perder al resto de manzanas que están junto a ella, así la maldad de un solo hombre puede influenciar al resto de la comunidad, y de hecho, así es como ha sucedido.

La maldad es como una enfermedad contagiosa. ¿A dónde podemos huir, para estar libres del pecado y sus obras? Físicamente es imposible alejarse. No importa que huyamos a los montes. No importa que nos alejemos a una isla desierta. No importa que cavemos muy hondo en la tierra para vivir en un bunker alejados de la sociedad y la modernidad, el pecado allí mismo nos alcanzará.

¿Y qué decir de los efectos de la maldad? El robo, el crimen, las drogas, el alcohol, los vicios, la inmoralidad y la violencia. ¿Cómo escapar? Por más rejas que el hombre ponga en su casa, siempre tiene el temor de ser afectado por los efectos de la maldad. Es “mucho” y está por todas partes. La adversidad es mucha, la aflicción es mucha, el agravio está a la vuelta de la esquina, la avaricia nos inunda, la calamidad abunda, la calumnia está a punto de golpearlos, lo depravado va extendiéndose, los desastres, la desgracia, la destrucción, lo doloroso, la impiedad, la injusticia,

la malicia, la perversidad es como una sarna infecciosa.

¿Quién puede salvarnos? La Biblia nos ilustra la respuesta con la historia de aquellos que, *“en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua”* (1 Pedro 3:20). Dios salvó a Noé y su familia *“por agua”*. El diluvio libró a Noé y su familia de toda esa maldad que se había multiplicado en el mundo. No hay razón para temer más. Ellos pudieron bajar del arca con toda confianza, no había más ladrones y asesinos. No había más difamación, ni envidia. No había más inmoralidad y depravación. El mundo ha quedado limpio. Y así como ellos, necesitamos a Dios para ser salvos.

Si usted vive con Dios y para Dios, él puede guardarle de toda esa maldad. Él nos protege, nos cuida. Vivimos en ciudades muy violentas, y siempre andamos en la calle a veces hasta muy noche y en lugares peligrosos, pero Dios está con nosotros. La Biblia dice, *“El que habita al abrigo del Altísimo, morará bajo la sombra del*

Omnipotente.” (Salmo 91:1). Dios nos da “abrigo” y “sombra”, el frío de la maldad, y la lluvia de las aflicciones no pueden vencernos, ni pueden tocarnos.

Dios es nuestro “castillo” (v. 2), es nuestra “esperanza”. “*Él te libraré del lazo del cazador, de la peste destructora.*” (v. 3). La salvación de Dios es segura, él nos mantiene libres. La maldad no podrá tocarnos. Él nos “cubre”, es nuestro “escudo”, ¿Cómo podrá dañarnos la maldad?

Dios promete, diciendo, “*No temerás el terror nocturno, Ni saeta que vuela de día, Ni pestilencia que ande en oscuridad, Ni mortandad que en medio del día destruya. Caerán a tu lado mil, Y diez mil a tu diestra; Mas a ti no llegará.*” (vv. 5-7) ¿Hay razón para temer? Las estadísticas nos hablan de miles de muertos, y aunque caigan por la maldad otros mil, el Señor nos salvará.

LAS CONSECUENCIAS DEL PECADO.

La historia de Noé y el diluvio era un tipo, era la sombra de algo que había de venir, y el apóstol Pedro escribió sobre ello: “*El bautismo que*

corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo,” (1 Pedro 3:21).

Noé y su familia fueron salvador “por agua”, por el agua del diluvio. Todavía hay un diluvio personal que debemos experimentar para ser salvos del mundo de maldad que hay en el corazón. Esta maldad que hay en el corazón del hombre también ha causado mucha mortandad. Ustedes, en esa condición, no solo viven lejos de Dios y sin Cristo en este mundo, sino también están “*muertos en vuestros delitos y pecados*” (Efesios 2:1). Al estar viviendo en pecado, es decir, “*en los deseos de nuestra carne*”, estamos “*haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos*” y somos “*por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás*” (Efesios 2:3). Hace falta ese diluvio, ese “bautismo” dice Pedro, pues “el que creyere y fuere bautizado, será salvo” (Marcos 16:16). El mismo Pedro declaró a una audiencia cautiva por el pecado, diciendo, “*Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del*

Espíritu Santo” (Hechos 2:38). Si Dios ha determinado que todo hombre sea bautizado para el perdón de sus pecados, “¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados...?” (Hechos 10:47a) No deben, pues Dios “*quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad*” (1 Timoteo 2:4).

Quienes no quieren recibir “*el amor de la verdad para ser salvos*” (2 Tesalonicenses 2:10), deben saber que están bajo la ira de Dios. El apóstol Pablo lo explicó de esta manera: “*Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron*

necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén. Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas; pues aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, y de igual modo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío. Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen; estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de

*males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia; quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas **son dignos de muerte**, no sólo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican.”*
(Romanos 1:18-32)

Entonces, necesitamos a Dios para ser salvos de la consecuencia de nuestros pecados. Y ante esto, hay buenas noticias, pues “*Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira.*” (Romanos 5:8)

¿Qué hará usted ante esta manifestación de amor? Usted ha vivido como ha querido, y Dios le ha permitido tomar todas las malas decisiones, y hacer todo acto perverso que usted ha querido. Le ha dejado sufrir la consecuencia de sus actos, así como de los actos pecaminosos que con su misma libertad otros llevan a cabo en perjuicio de sí mismos y de otros. No obstante, ahora Dios le ha indicado que usted será juzgado. Usted dará cuentas a él por toda injusticia y maldad que ha

cometido, no sin antes ofrecerle el perdón de sus pecados y la salvación de su alma. Para eso murió Cristo. Para que usted pudiera gozar del perdón que tanto necesita. ¿Qué hará, entonces? ¿Despreciará este regalo hermoso que Dios quiere hacerle por medio de su hijo?

*“Venid a mí todos los que estáis
trabajados y cargados, y yo os
haré descansar”*

Mateo 11:28.

Usted necesita a Dios

En estas breves páginas, he mostrado a la luz de la historia humana, de la experiencia y, sobre todo, a la luz de las Escrituras, que todos necesitamos a Dios. Y si todos necesitamos a Dios, entonces usted necesita a Dios.

¿No anhela ser feliz? ¿No quiere experimentar un gozo estable que esté por encima de cualquier condición o situación? ¿No desea vivir descansando en la bondad y providencia de Dios? La refrescante vida que se goza con Dios es abundante, como un gran manantial en medio del desierto, que provee vida a usted, y a quienes se acercan o viven con usted. No hay razón para estar sedientos. No hay razón para que nuestra tierra esté seca y quebradiza. El Señor Jesucristo dijo, “*Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva.*” (Juan 7:37, 38).

La felicidad verdadera y estable no se encuentra en nuestro mundo, ni en las cosas que el mundo produce. Solo meditando y gozando de las obras de Dios es posible ser felices. El salmista declaró, “*Por cuanto me has alegrado, oh Jehová, con tus obras; en las obras de tus manos me gozo*” (Salmo 94:4). Lo que brotará de nuestro corazón al considerar todas y cada una de las obras de Dios, es amor.

Este amor verdadero es lo que proporciona vida y estabilidad a nuestro gozo, sin importar las situaciones difíciles que nos agobian. Así fue como lo declaró el apóstol Pablo, cuando escribió, *“por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”* (2 Corintios 12:10).

Si somos perseguidos por nuestra confianza en el Señor, también debemos gozarnos, dado que así fue como sufrieron en el pasado los mismos profetas de Dios. Cristo dijo, *“Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros”* (Mateo 5:12). Cuando meditamos en el galardón que tenemos en el cielo, es una razón para ser felices. El Señor declaró, *“alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos”* (Lucas 6:23).

Lo más importante, aún sobre todas las cosas, es que, por la misericordia de Dios, somos aceptados para tener comunión con él y gozar de la vida eterna. La Escritura dice, *“Alegraos, gentiles, con su pueblo.”* (Romanos 15:10). Como gentiles, nuestra condición delante de Dios era lamentable. En tal condición, estábamos *“sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo”* (Efesios 2:12). Estábamos *“muertos”*, dice Pablo, *“en vuestros delitos y pecados”* (v. 1). No obstante, ahora nos gozamos por aquella *“buena nueva”* que Dios dio a Abraham,

diciendo, *“En ti serán benditas todas las naciones.”* (Gálatas 3:8). En Abraham estaba el Cristo (Gálatas 3:16) por quien tenemos *“toda bendición espiritual”* (Efesios 1:3). En él tenemos *“vida”* (Efesios 2:1) y somos nuevas criaturas, *“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”* (Efesios 2:10). Entonces, ¿cómo no ser felices en Dios? ¿No quiere usted gozar de esta dicha? ¿No quiere usted gozar de todas estas bendiciones? Usted necesita a Dios para ser feliz.

Cuando leemos la historia de Israel, sobresale aquel tiempo en que, por su rebeldía a la voluntad de Dios, se extraviaron en el desierto. La Escritura dice que *“Anduvieron perdidos por el desierto, por la soledad sin camino, sin hallar ciudad en donde vivir”* (Salmo 107:4). Esa es la triste realidad de quienes quieren andar en este mundo sin la guía de Dios. La perdición es el único fin del camino de muerte que, aparentando ser un camino correcto, al final es *“camino de muerte”* (Proverbios 14:12).

Usted, entonces, no solo necesita a Dios para poder tener certeza en cuanto a su destino, sino aún para la salvación de su alma. Aquella exhortación de Pedro aún sigue vigente, y es también para usted. Él dijo, *“Sed salvos de esta perversa generación”* (Hechos 2:40). Sin Cristo sencillamente usted está condenado, pues *“en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”* (Hechos 4:12). ¿Quiere usted ser salvo? Pues *“por la gracia del Señor Jesús*

seremos salvos” (Hechos 15:11); sí, “seremos salvos de la ira” (Romanos 5:9) de Dios que caerá sobre “toda impiedad e injusticia de los hombres” (Romanos 1:18).

Si usted quiere, entonces, gozar de la dicha que Dios quiere darle. Quiere tener verdaderas soluciones, no solo para su vida en este mundo, sino también para su vida espiritual, así como una guía segura a la vida eterna, entonces debe creer de todo corazón que Cristo es el Señor, el Hijo de Dios (Romanos 10:9, 10). Usted necesita arrepentirse de sus pecados (Lucas 24:49; Hechos 3:19; 17:30, 31). Necesita ser sumergido en agua para el perdón de sus pecados (Hechos 2:38) y la salvación de su alma (Marcos 16:16; 1 Pedro 3:21). No se detenga en ninguna de estos mandamientos bíblicos, evitando o posponiendo alguno de ellos (Romanos 2:5; Hechos 22:16).

Espero, sinceramente, que usted, quien necesita de Dios, tome hoy la decisión más importante de su vida, y busque hacer la voluntad de Dios. Si necesita ayuda, estoy para servirle. Que el Señor le guarde.

Lorenzo Luévano Salas.

Predicador de Cristo.

Todos necesitamos a Dios.

Todos necesitamos a Dios, es un pequeño libro con una gran afirmación, por medio de la cual es posible explicar por qué la humanidad sufre soledad, amargura y desaliento, aun cuando posea salud, dinero y amor.

Lorenzo Luévano es un predicador del evangelio de Cristo, y un amante de la verdad bíblica, con más de 20 años de experiencia en la exposición bíblica.



También ofrece una gran variedad de obras para el estudio bíblico en su sitio web, Volviendo a la Biblia.
www.volviendoalabiblia.com.mx

